



CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas: á donde fueron todos tres: fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo: qué servicio hizo Santillana á Tordesillas.



OCO estaba yo de contento por haber trasformado tan felizmente en virey á un gobernador depuesto. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasion de emplear mi valimiento á favor de un amigo; lo que creo conveniente contar, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel mismo Gil Blas que en el ministerio anterior vendia las mercedes de la corte.

Hallándome un dia en la antecámara del rey hablando con algunos señores, que no se desdenaban de admitirme á su conversacion, sabiendo que me queria el primer ministro, ví entre la multitud á Don Gaston de Cogollos, aquel reo de estado á quien habia dejado en el alcázar de Segovia, que estaba con el alcaide del mismo alcázar Don Andres de Tordesillas. Separéme gustoso de las personas con quienes estaba, para ir á dar un abrazo á estos dos amigos mios. Si ellos se admiraron mucho de verme allí, yo me admiré mas de encontrarme con ellos. Despues de recíprocos abrazos, me dijo Don Gaston:—Señor de Santillana, tenemos muchas cosas que decirnos, y no estamos en parage á propósito para ello; permítame vd. que le conduzca á un sitio en donde el Señor de Tordesillas y yo tendrémos el gusto de hablar largamente con vd. Vine en ello; abrimonos paso por entre el gentío, y salimos de Palacio. Hallamos el coche de Don Gaston, que le estaba esperando en la calle, metímonos en él los tres, y fuimos á apearnos en la plaza ma-

yor, en donde se hacen las corridas de toros¹, que allí vivia Cogollos en una soberbia casa.

—Señor Gil Blas, me dijo Don Andres luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia, paréceme que cuando vd. salió de Segovia habia cobrado horror á la corte, y que iba resuelto á alejarse de ella para siempre.—Ese era en efecto mi designio, le respondí, y mientras vivió el difunto rey no mudé de parecer; pero luego que supe que ocupaba el trono el príncipe su hijo, quise ver si el nuevo monarca me conocia: conocióme, y tuve la dicha de que me recibiese benignamente; él mismo me recomendó al primer ministro, quien me cobró amistad, y con el cual estoy en mucho mas auge del que nunca estuve con el duque de Lerma. Esto es, Señor Don Andres, todo lo que tenia que decirle; ahora dígame vd. si se mantiene todavia de alcaide del alcázar de Segovia.—No por cierto, me respondió; el conde-duque puso á otro en mi lugar, creyéndome probablemente parcial de su predecesor.—Yo, dijo entonces Don Gaston, obtuve mi libertad por una razon contraria. Apenas supo el primer ministro que yo estaba en la prision de Segovia por orden del duque de Lerma, cuando me mandó poner en libertad; ahora se trata, Señor Gil Blas, de contaros lo que me sucedió desde que salí del alcázar.

Lo primero que hice, continuó, despues de haber dado mil gracias á Don Andres por las atenciones que le habia debido durante mi arresto, fué venirme á Madrid. Presentéme al conde-duque de Olivares, el cual me dijo:—No tema vd. que la desgracia que le ha sucedido perjudique en lo mas mínimo á su reputacion. Vd. se halla plenamente justificado, y estoy tanto mas seguro de su inocencia, cuanto que el marques de Villareal, de quien se le sospechaba á vd. cómplice, no era culpable. Á pesar de ser portugues y aun pariente del duque de Braganza, es menos parcial del duque que del rey mi señor. Por consiguiente no debió imputársele á vd. como delito su conecion con el marques; y para reparar la injusticia que se hizo á vd. acusándole de traicion, el rey le hace teniente capitan de su guardia española. Acepté este empleo, suplicando á S. E. me permitiese antes de entrar á desempeñarle, pasar á Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla. Concedióme el ministro un mes de

(1) Antes de haber en Madrid plaza construida determinadamente para las corridas de toros, se ejecutaban estas en diferentes puntos, segun eran mas ó ménos sumptuosas, ó plausibles los motivos de las fiestas en cuya celebridad se hacian. Las en que, ademas de lidiar con los toros, donde salian á acreditar su destreza y valentía los caballeros, se corrian tambien parejas, se jugaba de cañas y de sortijas, que eran bastante frecuentes, se ejecutaban en la plaza mayor ó del mercado, situada en el mismo parage donde hoy está, aunque de figura mas irregular.

licencia para el viage, el que emprendí acompañado de un solo lacayo.

Habiamos pasado ya de Colmenar, y entrado en un camino hondo entre dos colinas, cuando vimos á un caballero que se estaba defendiendo valerosamente de tres hombres que le acometian á un tiempo. No me detuve un punto en ir á socorrerle: fuí volando hácia él, y me puse á su lado. Observé cuando me batia, que nuestros enemigos estaban enmascarados, y que reñiamos con animosos combatientes. Sin embargo, á pesar de su vigor y destreza quedamos vencedores: atravesé á uno de los tres, que cayó del caballo, y los otros dos huyeron al momento. Verdad es que la victoria no fué menos funesta para nosotros que para el desgraciado á quien yo habia muerto; porque, despues de la accion, tanto mi compañero como yo, nos hallamos peligrosamente heridos. Pero figúrese vd. cuál seria mi sorpresa cuando conocí que el caballero á quien habia socorrido era Cambados, marido de Doña Elena. No quedó él menos admirado al ver que era yo su defensor.—¡Ah Don Gaston! exclamó; pues qué, ¿sois vos quien venis á socorrerme! Cuando abrazásteis mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorábais que defendiais á un hombre que os habia robado vuestra dama.—Es cierto que lo ignoraba, le respondí; pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿os parece que hubiera titubeado en hacer lo que hice? ¿Me tendreis en tan mal concepto, que creais tengo una alma vil?—No, no, respondió: tengo mejor opinion de vos, y si muero de las heridas que acabo de recibir, deseo que las vuestras no os impidan aprovecharos de mi muerte.—Cambados, le dije, aunque no he olvidado todavia á Doña Elena, sabed que no apetezco poseerla á costa de vuestra vida; y aun me alegro mucho de haber contribuido á salvaros de los golpes de tres asesinos, pues que en ello hice una accion que agradecerá vuestra esposa.

Miéntas estábamos hablando de este modo, mi lacayo se apeó, y acercándose al caballero que estaba tendido en el suelo le quitó la mascarilla, y nos hizo ver unas facciones que luego conoció Cambados.—Es Caprara, exclamó, aquel pérfido primo, que, en despecho de haber perdido una rica herencia que injustamente me habia disputado, hace mucho tiempo que pensaba asesinar-me, y habia por último elegido este dia para realizar sus deseos; pero el cielo ha permitido que él mismo haya sido la víctima de su atentado.

Entre tanto nuestra sangre corria en abundancia, y por instantes nos íbamos debilitando. Sin embargo, heridos como estábamos, tuvimos ánimo para llegar hasta el lugar de Villarejo, que no distaba mas que dos tiros de fusil del campo de batalla. Llegados al primer meson, llamamos cirujanos, y vino uno que nos dijeron ser muy hábil. Ecsaminó nuestras heridas, y halló que eran muy peligrosas; hizo la primera cura,

y á la mañana siguiente despues de haber levantado el vendaje, declaró mortales las de Don Blas, pero no las mias; y sus pronósticos no salieron falsos.

Viéndose Cambados desahuciado, solo pensó en prepararse á morir. Envió un propio á su muger para informarla de todo lo sucedido, y del triste estado en que se hallaba. Tardó poco Doña Elena en presentarse en Villarejo, á donde llegó con el espíritu fuertemente agitado por dos causas diferentes; por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado: dos afectos que la tenian en una terrible conmocion.—Señora, le dijo Don Blas luego que la vió, aun venis á tiempo para recibir mi última despedida; voy á morir, y miro mi muerte como un castigo del cielo por la falsedad con que os robé á Don Gaston. Muy lejos de quejarme de él, yo mismo os echorto á que le restituyais un corazon que le usurpé. Doña Elena no le respondió sino con lágrimas, y á la verdad esta era la mejor respuesta que le podia dar; porque no estaba tan desprendida de mí que hubiese olvidado el artificio de que se habia valido Don Blas para determinarla á serme infiel.

Aconteció lo que el cirujano habia pronosticado, que en menos de tres dias murió Cambados de sus heridas, en vez de que las mias anunciaban una pronta curacion. La viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen á Coria el cadáver de su esposo, para hacerle los honores que ella debia á sus cenizas, salió de Villarejo para volverse allí despues de haberse informado como por mera urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguila luego que pude, tomando el camino de Coria, donde acabé de restablecerme. Entonces mi tia Doña Leonor y Don Jorge de Galisteo determinaron casarnos á la viuda y á mí antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse secretamente el matrimonio, en atencion á la reciente muerte de Don Blas; y de allí á pocos dias volví á Madrid con Doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia temí que el ministro hubiese dado á otro la tenencia de guardias que se me habia conferido; pero no habia dispuesto de ella, y tuvo la bondad de admitir la disculpa que le dí de mi tardanza.

—Soy, pues, prosiguió Cogollos, primer teniente de la guardia española y estoy muy contento con mi empleo. He grangeado amigos de trato agradable con quienes vivo gustoso.—Me alegrara poder decir, otro tanto, interrumpió aquí Don Andres, pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme á adquirir otro sólido.—Perdone vd. Señor Don Andrés, dije yo entonces sonriéndome; en mí tie-

ne vd. un amigo que puede servirle de algo. Vuelvo, pues, á decir que el conde-duque me estima aun quizá mas de lo que me estimaba el duque de Lerma, ¿y se atreve vd. á decirme en mi cara que no conoce á nadie que le pueda proporcionar un empleo sólido?—Pues ¿no le hice en otro tiempo un servicio semejante? Acuértese vd. de que por el valimiento del Arzobispo de Granada logré que se le nombrase á vd. para ir á México á desempeñar un empleo en que hubiera hecho su fortuna, si el amor no le hubiera detenido en la ciudad de Alicante: pues me hallo en mejor estado de poder servir á vd. actualmente, que estoy al lado del primer ministro.—Supuesto eso, me pongo en manos de vd., repuso Tordesillas; pero, añadió sonriéndose tambien, suplico á vd. que no me haga el favor de enviarme á Nueva-España, porque no me querria ir allá aunque me hicieran presidente de la audiencia de México.

Al llegar aquí, nuestra conversacion fué interrumpida por Doña Elena, que entró en la sala, y cuya persona, llena de atractivos, correspondia á la encantadora idea que me habia formado de ella.—Señora, le dijo Cogollos, este caballero es el Señor de Santillana, de quien os he hablado varias veces, y cuya amable compañía calmó frecuentemente en la prision mis pesares.—Sí, señora, dije á Doña Elena; mi conversacion le agradaba, porque siempre era vd. el asunto de ella. La hija de Don Jorge respondió modestamente á mi cumplimento; despues de lo cual me despedí de ambos esposos, asegurándoles lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese por último coronado sus prolongados amores. Despues, dirigiendo la palabra á Tordesillas, le rogué que me informase de su habitacion, y habiéndolo hecho, le dije:—Don Andres, de vd. no me despido: espero que antes de ocho dias verá vd. que yo reuno el poder á la buena voluntad.

No quedé por embustero: al dia siguiente el conde-duque me proporcionó la ocasion de servir á este alcaide.—Santillana, me dijo S. E., está vacante la plaza de gobernador de la cárcel real de Valladolid; vale mas de trescientos doblones al año, y me dan ganas de dártela.—No la quiero, señor, le respondí, aunque valga diez mil ducados de renta: renuncio á todos los empleos que no pueda desempeñar sin alejarme de V. E.—Pero éste, replicó el ministro, puedes desempeñarle muy bien sin necesidad de salir de Madrid, sino para ir de cuando en cuando á Valladolid á visitar la cárcel.—Diga V. E. cuanto guste, repuse yo, no acepto ese empleo sino con la condicion de que se me permita renunciarlo á favor de un digno hidalgo llamado Don Andres de Tordesillas, alcaide que fué del alcázar de Segovia. Me alegraria hacerle este presente, en reconocimiento de los buenos procederes de que usó conmigo durante mi prision.

Sonrióse el ministro de oirme hablar así, y me dijo:—Por lo que veo Gil Blas, quieres hacer un gobernador de la cárcel real del modo que hiciste un virey. Pues bien, sea así, amigo mio, desde luego te concedo la plaza vacante para Tordesillas; pero dime francamente qué gratificación debe producirte, porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu valimiento de balde.—Señor, le respondí, ¿no deben pagarse las deudas? Don Andres me proporcionó sin interes todas las comodidades que pudo, ¿no será justo que yo le corresponda?—Muy desprendido os habeis hecho, Señor de Santillana, me replicó S. E.; me parece que lo erais mucho menos en el último ministerio.—Es verdad, le repuse, porque el mal ejemplo estragó mis costumbres: como entonces todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el dia todo se dá, he vuelto á recobrar mi integridad.

Logré, pues, que se proveyese en Don Andrés de Tordesillas el gobierno de la cárcel real de Valladolid, y le hice marchar luego á dicha ciudad, tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado para con él las obligaciones que le debía.



CAPITULO XIV.

Va Santillana á casa del poeta Nuñez: qué personas encontró en ella; y qué conversacion tuvieron allí.



N dia despues de comer se me antojó ir á ver al poeta asturiano, movido solo de la curiosidad de saber qué vivienda tenia. Me encaminé á casa del Señor Don Beltran Gomez del Ribero, y pregunté en ella por Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive ahora en aquella casa, añadió mostrándome una que estaba cerca, y ocupa un cuarto que cae á espaldas de ella. Fuíme allá, y despues de haber atravesado un patio pequeño, entré en una sala enteramente desahajada, en donde hallé á mi amigo Fabricio sentado todavia á la mesa, con cinco ó seis amigos suyos á quienes habia convidado aquel dia.

Estaban al fin de la comida, y por consiguiente metidos en disputa; pero luego que me vieron, sucedió un profundo silencio á su ruidosa conversacion. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, exclamando:—Caballeros, aquí está el Señor de Santillana, que tiene la bondad de honrarme con una de sus visitas: ayúdenme ustedes á tributar respetuosos obsequios al valido del primer ministro. Al oír esto todos los convidados se levantaron tambien para saludarme; y en consideracion al título que se me habia dado, me hicieron cumplimientos muy reverentes. Aunque yo no tenia necesidad de beber ni de comer, no me pude excusar de sentarme á la mesa con ellos, y aun de corresponder á un brindis que me dirigieron.

Pareciéndome que mi presencia les impedia continuar hablando con libertad:—Señores, les dije, creo haber interrumpido su conversacion; suplico á ustedes la continúen, ó si no, me retiro.—Estos señores, dijo entonces Fabricio, estaban hablando de la Ifigenia de Eurípides. El bachiller Melchor de Villegas, erudito de primer orden, preguntaba al Señor Don Jacinto de Romarate, ¿qué era lo que mas le interesaba en aquella tragedia?—Así es, dijo Don Jacinto, y yo le he respondido que el peligro en que se veia Ifigenia.—Y yo, dijo el bachiller, yo le he replicado, lo que estoy pronto á demostrar, que no es el peligro lo que forma el verdadero interes de la pieza.—Pues ¿cuál es? exclamó el anciano licenciado Gabriel de Leon.—El viento, respondió el bachiller.

Todos dieron una carcajada al oír una respuesta que yo no creí for-

mal, imaginándome que Melchor no la habia dado sino por alegrar la conversacion. Pero no tenia yo noticia de aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y así dijo con grande seriedad:—Rian ustedes cuanto les diere gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer mas impresion en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas, es el viento. Y si no, figúrense ustedes un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á la Grecia, en donde habian dejado todo lo que mas amaban en este mundo, sus dioses lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida, y los tiene como clavados en aquel puerto, tanto, que mientras no se mude no les es posible ir á sitiar la ciudad de Priamo. Pues este viento es el que forma el interes de la tragedia. Yo me declaro á favor de los griegos, porque apruebo su designio, y solo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.

Cuando Villegas acabó de hablar, se renovaron las carcajadas á su costa. Fingió Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion, solo por dar materia de burla á los zumbones, los cuales se divertieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller, mirándolos á todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo á llenarse recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron depues de haber comido y bebido á discrecion.

Luego que se marcharon, pregunté á Fabricio por qué no vivia en casa del tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos.—¿Desavenencia? me respondió, dios me libre de ello: nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en ésta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos, que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme.—Me alegro infinito, querido Nuñez, le repliqué, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el écsito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega, no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á tí tu *Conde de Saldaña*.



LIBRO DUODECIMO.

CAPÍTULO I.

Envia el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y écsito de su viage.



ACIA ya cerca de un mes que S. E. me repetia todos los dias:—Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y tu destreza; pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó en fin, y S. E. me habló en estos términos:—Se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su habilidad: se asegura que baila y canta divinamente, que arrebatá á los espectadores cuando representa; y se añade tambien que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir á representar en la corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile, y no le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oír á una muger de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte á Toledo, para que juzgues por tí mismo si esa actriz es tan peregrina; yo me atendré desde luego á la impresion que cause en tí, y me fio enteramente en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision; y desde luego emprendí mi viage, acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto; precaucion que agradó á S. E. Tomé, pues, el camino de Toledo, en donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. No bien me habia apeado, cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun ca-